

MC_Manfre_Eltelegrafista

Siempre me gustó “rutear” sin destino. En realidad se trata de apartarme un poco del camino cuando debo ir de un punto a otro. Siempre disfruté “el mientras voy” más que “el llegar” y fue en uno de esos desvíos “a propósito” donde conocí a don Francisco, hace ya de esto un par de décadas, y con él, su historia.

¿El pueblo? Un caserío perdido por la Provincia de Buenos Aires, cercano a alguna antigua traza de algún ferrocarril que ya no pasa. Uno de los ramales que se levantaron en la época de Menen. Me gustan esos pueblos dormidos junto a la estación del tren abandonada, donde casi siempre se encuentra un antiguo almacén de ramos generales que continúa atendiendo con su anexo de bar y sus paredes exteriores de prolijo ladrillo.

Ya había pasado la hora del sol fuerte y la tibieza de la tarde que comenzaba a apagarse, invitaba a un alto para escuchar los pájaros y a los grillos que ya se empezaban a entrenar.

El almacén se llamaba “el Tropezón”. Vaya a saber a qué memorable caída se debía ese pintoresco nombre. En el interior, fresco, con sus techos altísimos y su piso también de ladrillo como lustrado, un largo mostrador ponía los límites entre el almacén y el bar. Sólidas mesas se repartían por el salón. Todas estaban ocupadas por varios parroquianos. Unos jugando al dominó, otros al ajedrez -con público atento y todo- En otra, tres hombres, vestidos con bombachas y alpargatas hablaban de pasadas hazañas equinas.

Ya lo dije, las mesas estaban todas ocupadas por varias personas, pero en la que parecía la mejor de todas, colocada junto a una enorme ventana que se enfrentaba a una calle bordeada de plátanos que se fundían en lo alto hasta convertirse en la

nave umbrosa de una catedral gótica, se encontraba un hombre solo, enfrentado a un porrón de cerveza.

Debe haber visto mi fascinación por la imagen que entraba por el ventanal, y supuse que por eso me invitó a sentarme. Pedí una cerveza yo también y él declinó mi invitación para que consumiese otra. “Con una antes de la cena me alcanza” me dijo disculpándose.

Y nos quedamos los dos en silencio contemplando y sintiendo la belleza de ese atardecer atrapado en cualquier tiempo.

“Francisco”, se presentó.

“¿Usted sabe que yo fui telegrafista en este pueblo?”. Me lanzó sin ningún preámbulo.

“Y era muy bueno. Recibí muchos elogios por mi rapidez y exactitud”. Se quedó un instante callado y agregó. “Hasta que una mañana como cualquier otra...”

Si algo se necesitaba para activar mi curiosidad era haber terminado su comentario de esa manera. Por supuesto que quería escuchar su relato. Me sentí como el perro moviendo la cola esperando que el amo le tire la pelotita. Me acodé a la mesa, todo oídos.

Y comenzó.

“Ya le dije que era un excelente telegrafista, el cénit de mi carrera fue a fines de los años cincuenta. Recibí incluso elogios de varios inspectores del Correo cuando realizaban las giras por el interior. Eso se prolongó por varios años, pero como le dije antes, todo cambió “una mañana”. No comenzó distinta a otras. Me levanté

muy temprano como siempre, preparé el mate y le llevé unos cuantos a la cama a mi señora, que a veces se ponía remolona, y salí a trabajar con la alegría de todas las mañanas.

El primero en llegar ese día fue Don Salustio, algo apenado por la muerte del padre de un amigo. Redactó el escueto y clásico telegrama de condolencias. El típico y económico “Mi más sentido pésame”. Pero bastó que mis dedos tocaran el dispositivo del telégrafo para que saliesen palabras de quién sabe dónde. El telegrama se convirtió en un florido lamento, decía algo así como **“Con el corazón oscurecido por la tenebrosidad del acontecimiento que nos ha alcanzado, quiero hacerte llegar mi profundísimo pesar y comunicarte la angustia inenarrable que embarga todo mi ser ante esta pérdida que será una carga que todos deberemos llevar con estoicismo y una ausencia a superar con resignación, solo mitigada por el convencimiento del retorno de su alma al seno de su creador”**.

Miré con horror el texto. No le dije nada y sólo le cobré las cuatro palabras que él había redactado. Pensé que había sido un extraño juego de la mente, un desmayo consciente, quizás hasta un pequeño coágulo perdido.

Pero no. No quedo todo ahí. Cuando vino El Chino Ortega para avisar a sus parientes de Entre Ríos sobre el nacimiento de su hijo. Me di cuenta que algo raro pasaba.

Cinco palabras: “Fue varón. La madre bien.”

Horrorizado leí el texto enviado: **“Con ventura y un eterno agradecimiento a nuestro señor Dios, anunciamos que con el nacimiento del varón, que asegura la continuidad del apellido que con orgullo hemos llevado generación tras**

generación, nuestra alegría no encuentra límites. Máxime que la madre, luego de su extenuante labor con la que ha demostrado su naturaleza de mujer aguerrida, se ha recuperado inmediatamente, preparando un almuerzo para 20 invitados el día siguiente al feliz alumbramiento”.

No solo me salía un texto rococó, sino que además agregaba detalles que desconocía. Nuevamente guardé silencio y cobré lo justo.

Cuando llegó el ingeniero Martínez, que era el dueño del criadero de pollos del pueblo y leí el texto del telegrama, me alegré. Nada florido podía surgir de ahí. Decía: “Por reiteradas ausencias injustificadas, suspéndesele cinco días a partir de la recepción del presente”.

Duró poco mi alegría cuando salió del correo el texto resultante: ***“Sus ausencias injustificadas, que han sido muchas en los últimos tiempos, y que nunca fueron explicadas o argumentadas como corresponde por alguien en el cual se ha depositado toda la confianza a lo largo de toda nuestra larga relación laboral y que si bien no ha sido en todo momento maravillosa, tampoco podría encasillársela como mala, hacen que desde el momento en que reciba este breve telegrama, que no por breve deja de ser importante, deba considerarse suspendido por el término de cinco días. Cuando se reintegre, hablaremos”.***

Y así siguió, día tras día. Ningún receptor se quejó, pero en un mes me gasté todos los ahorros que tenía, pagando los enormes textos que salían de ese maldito aparato.

Me acogí a una jubilación anticipada que estaban ofreciendo y hasta que cerró el correo -hace ya varios años- no pasé más por esa calle.

¿Es difícil de creer, no?” agregó ante mi absoluto silencio.

“Sabe. Cuando renuncié quise ponerme a escribir y aprovechar esa catarata de palabras que se manifestaban sin desearlo. Pero no funcionó. Solo me salían textos telegráficos.”

Permanecí callado junto a don Francisco hasta que la nochecita se fue haciendo dueña del pueblo, me despedí con un apretón de manos y me fui caminando despacio hasta mi auto para retomar otra vez la ruta.

Si yo hubiese sido otra persona, no le hubiese creído. Otro habría pensado que eran las fantasías de un viejo que extrañaba una vida que ya no tenía, pero no podía olvidarme que años atrás me había encontrado en otro pueblo con don Marcial, que era el que se encargaba de escribir los epitafios en las tumbas del cementerio local. Don Marcial me contó lo que le había ocurrido al disponerse a escribir sobre una lápida, a partir de una “mañana como cualquier otra”. Su cincel se comportaba como el enloquecido teclado de don Francisco.

Pensé con envidia en cómo me gustaría que mi vieja Olivetti, amaneciese una “mañana como cualquier otra”, y me diese esa sorpresa.